

cutivo, cumplieron la importante función de desconcertar el movimiento popular uruguayo y afectar su hasta entonces indiscutido protagonismo, que se vio desplazado por la atención que suscitaron las supuestas tendencias de los cuerpos armados del país.

La autora alberga la convicción de que memoria y olvido guardan la misma relación que la vida y la muerte;<sup>5</sup> que “el futuro se vuelve oscuro cuando el pasado existe, pero se trabaja para ignorarlo” (p. 141). Martínez no cree haber encontrado “la verdad” sobre los fusilados de abril. Siente, con justa razón, que se ha aproximado a ella y que ha contribuido, con los fragmentos de la memoria que logró rescatar y con los silencios que enfrentó, a la lucha contra el olvido. Si es cierta la frase de Augé que propone: “Dime qué olvidas y te diré quién eres”,<sup>6</sup> Virginia Martínez no quiere una sociedad olvidadiza, y su labor, histórica y cinematográfica, confluye exitosamente al rescate de la memoria colectiva de su sociedad.

Ana Buriano  
INSTITUTO MORA

Ana Buriano Castro (editora), Silvia Dutrénit Bielous y Guadalupe Rodríguez de Ita, *Tras la memoria. El asilo diplomático en tiempos de la Operación Cóndor*, Instituto Mora/Instituto de Cultura de la Ciudad de México-Gobierno del Distrito Federal, México, 2000, 292 pp.

<sup>5</sup> Marc Augé, *Las formas del olvido*, Gedisa, Barcelona, 1988, p. 19.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 24.

La investigación reúne los testimonios orales de 33 sobrevivientes de la acción represiva de la Operación Cóndor que las dictaduras militares de Argentina, Chile y Uruguay establecieron entre los años setenta y ochenta del siglo pasado para acabar con los opositores “comunistas”, el enemigo interno. Este grupo constituía la expresión nacional del conflicto ideológico Este-Oeste que al terminar la segunda guerra mundial dividió al mundo en dos bloques: capitalista y comunista.

Los relatos registrados cuentan cómo los perseguidos políticos solicitaron y experimentaron como último recurso para salvar sus vidas y las de sus familias, el asilo diplomático en las embajadas mexicanas ubicadas en los países conosureños mencionados.

En vista de que los militares argentinos llegaron a declarar que “no sólo debían ser eliminados los subversivos, sino sus padres, hermanos y toda la línea de parentesco que había engendrado a los monstruos apátridas marxistas”, el terrorismo de Estado empujó a grandes grupos de disidentes a asilarse en estrechos espacios arquitectónicos de las sedes diplomáticas mexicanas, sin importar edad, sexo y clase social. En consecuencia, para despertar de tan cruel pesadilla, los opositores no tuvieron más opción que abandonar sus países y trasladarse a otro lugar del que nada o muy poco sabían.

¿Cómo entonces atrevere a historiar experiencia tan devastadora? Con apoyo en la metodología de la historia oral, un grupo de científicos sociales, coordinados por Silvia Dutrénit y Guadalupe Rodríguez de Ita, se abocaron a la delicada operación de entrevistar a los perseguidos políticos e indagar los pormenores sobre la traumática vivencia del asilo diplomático.

Efectivamente, la realización del proyecto, amén de compleja, era difícil, porque implicaba violentar una memoria dolorosa. Para los entrevistados, el asilo representaba, por una parte, hablar de sobrevivencia, pero, por otra, era recordar el desgarramiento de su identidad, un partirse el corazón, repensar el sentimiento de culpa por el hecho de haber sobrevivido y, sobre todo, recrear el miedo que sintieron ante la incertidumbre de lo que faltaba por llegar. ¿Cómo explorar entonces ese “tiempo suspendido” que vivieron los asilados en las sedes diplomáticas mientras salían de sus países y llegaban a un destino incierto que les ofrecía vida y libertad pero, al mismo tiempo, les exigía renunciar a su biografía?

Desde la perspectiva de la historia oral, se puede suponer que el reto metodológico fue colosal, aun cuando, en el mismo libro, entrevistados y entrevistadores no lo apuntan de manera explícita. Sin embargo, basta leer las narrativas consignadas para percatarse de los momentos difíciles que tuvieron que compartir los interesados al hacer público un miedo privado.

En el texto abundan crónicas serenas que describen cómo de la noche a la mañana cualquier persona, ante la amenaza de perder la vida por sus ideas políticas, cruzaba las puertas de las embajadas mexicanas renunciando a su pasado. Aunque los testimonios están revestidos de una aparente naturalidad, no dejan de aterrar al lector que, al ponerse en los zapatos de la víctima, se pregunta ¿qué hubiera hecho en el lugar del otro?

Indudablemente estos fueron momentos de desolación que las víctimas resistieron sin posibilidad alguna de contar con el apoyo de parientes y amigos y, mucho

menos, de disponer del espacio doméstico privado para protegerse de desconsuelo tan tremendo.

No obstante las incomodidades, limitaciones y miedos que suponía semejante alternativa, hasta 400 asilados llegaron a reunirse en la embajada de México en Chile. Gonzalo Martínez Corbalá, el embajador mexicano en ese país, tuvo entonces que diseñar estrategias para que la cotidianidad de los asilados no se alterara aún más. Diplomáticos y víctimas se transformaron en arquitectos de espacios mínimos para ofrecer a los asilados algunos centímetros cuadrados de dignidad para que al menos pudieran dormir, comer, asearse y realizar sus necesidades físicas más elementales. En Uruguay, el embajador mexicano, Vicente Muñiz Arroyo, encontró la forma de atender a las víctimas más jóvenes de esta tragedia sin olvidar jamás —en medio de la crisis, las restricciones y el pánico— los cumpleaños de niños y jóvenes que apenas comenzaban a enterarse de la maldad humana. En Argentina, los asilados, de su calidad de huéspedes pasaron a ser anfitriones de la sede diplomática, ya que ahí permanecieron periodos inauditos que se extendieron desde tres hasta seis años. Los asilados argentinos aprendieron a despedir a los embajadores mexicanos salientes y a recibir a los recién nombrados que proseguirían con las prolongadas e intrincadas negociaciones diplomáticas requeridas para conseguir del gobierno territorial el tan anhelado salvoconducto.

En fin, como el propósito central de la investigación era mostrar, por una parte, que la historia es importante para la vida de las naciones y su gente y, por otra, que la historia oral puede hacer importantes

contribuciones para la mejor comprensión del cambio político, teorizar sobre el reto metodológico que implica realizar entrevistas de corte traumático ocupó un lugar secundario dentro del conjunto. Desde esta perspectiva, se puede afirmar que el libro *Tras la memoria. El asilo diplomático en tiempos de la Operación Cóndor* se inscribe fundamentalmente dentro de lo que los historiadores orales definen como la “macropolítica de la historia oral”. Es decir, investigaciones en las que el encuentro de la memoria, la reconciliación y la historia son cruciales para el desarrollo de las naciones en cuanto a la construcción de la democracia, la ciudadanía y, lo más importante, una cultura universal de los derechos humanos.<sup>1</sup>

Ahora bien, en mi calidad de practicante de la historia oral, quisiera insistir en que el hacer entrevistas constituye un desafío, sobre todo cuando el investigador debe, por un lado, interrogar una memoria que se resiste a recordar y, por otro, escribir una historia que trata de hacer evidente justamente lo que se ha decidido silenciar.

Sea de esto lo que fuere, el historiador debe estar decidido a forzar este acceso con el fin de impedir que en ese intervalo libre el abuso se repita y la historia oficial lo tergiverse para conceder la impunidad a los perpetradores del crimen. Por tanto, lograr el cruce de las coordenadas me-

moria, trauma e historia es, en última instancia, aceptar la responsabilidad de descomponer y recomponer identidades, irrumpir en la vida íntima del sujeto e incluir en el relato sus secretos, temores y vergüenzas,<sup>2</sup> pero también es cumplir, como investigadores, con el urgente compromiso de no cerrar los ojos ante la injusticia y confrontar al pasado, aun cuando la denuncia se realice varias décadas después.

Así mismo, el historiador oral debe estar consciente de que, dada la naturaleza abierta de la entrevista, la conversación puede tocar fibras sensibles tanto del entrevistado como del entrevistador, aun cuando los propios involucrados no se lo propongan. De ser este el caso, la entrevista puede contribuir a reafirmar o desestabilizar el relato personal.<sup>3</sup>

Efectivamente, para unos entrevistados la conversación puede ser liberadora, pero en otras situaciones el informante puede quedar profundamente perturbado. De ahí que para reducir los riesgos inherentes a las entrevistas traumáticas, los historiadores orales se obliguen a iniciar su investigación ponderando la fortaleza psíquica y emocional tanto de los potenciales entrevistados como de los entrevistadores. Al asumir estas precauciones, los investigadores reconocen que los temores “externalizados” por el que contesta también afectan al que pregunta, pues, en

<sup>1</sup> Alistair Thomson, “How involved we are in oral history in the wider world of living”, *Oral History*, primavera, 2000, p. 27; Jan K. Coetzee, “Narrando el trauma. Introducción a A. Portelli, R. Van Boeschoten, A. Molnar, y L. Catela”, *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, segunda época, núm. 24, 2000, pp. 31-34.

<sup>2</sup> Jo Stanley, “Including the feelings: personal political testimony and self disclosure”, *Oral History. Journal of the Oral History Society*, Political lives, vol. 24, núm. 1, primavera, 1996, pp. 60-66.

<sup>3</sup> Wendy Rickard, “Historia oral, trauma y tabú”, *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, segunda época, núm. 23, 2000, p. 121.

efecto, las narrativas no caen en el vacío y ambas partes en el proceso devienen “copartícipes y copropietarios del horror”. Entrevistado y entrevistador pueden así comenzar a renegociar los mecanismos de defensa que utilizan para afrontar el miedo.

Desde luego que el temor es una emoción básica y fuente de conductas paralizantes. Sin embargo, el miedo, bien manejado, es el combustible que promueve nuestras actitudes más creativas, reflexivas y protectoras. En fin ¿qué nos da miedo? ¿De qué nos queremos proteger? Nos da miedo la pérdida de un ser querido, la separación de la familia, el distanciamiento de los amigos, el dolor físico, la enfermedad, la muerte, la vergüenza, la culpa, la incertidumbre, lo desconocido, lo imprevisible, el perder el autocontrol, el estatus social, el empleo, los bienes materiales y, sobre todo, el saber que nuestra identidad de alguna manera está entretejida por todas estas cosas. Sin embargo, como diría Jorge Luis Borges, la desdicha es una experiencia más rica que la felicidad, simplemente porque la desventura tiene que ser transformada en algo distinto. De hecho, la infelicidad es más flexible, más plástica, la prueba es que no hay poesía de la felicidad.<sup>4</sup> De la desdicha brota la esperanza y el deseo de cambio.

El caso es que a través de los relatos de los aislados es posible percibir cómo todos los entrevistados experimentaron algunos de esos miedos, pero cuando el entrevistador los escucha de forma directa, éste cae en la cuenta de que todas esas cosas también le pudieron ocurrir a él. Por lo tanto, para comprender mejor el trauma podríamos citar a Mark T. Klemper,

<sup>4</sup> María Esther Vázquez, *Borges, sus días y su tiempo*, Ediciones B. Argentina, España, 1984, p. 239.

quien lo define “como la realización de nuestros peores miedos, como la materialización de las experiencias que ningún ser humano quisiera vivir jamás”.<sup>5</sup>

Ahora bien, por la naturaleza traumática de estas entrevistas, el encuentro corre el riesgo de fracasar si el entrevistador no llega preparado psíquica y profesionalmente. Así mismo, el entrevistado, ante la presión, puede cerrarse por completo y solicitar la compasión de su escucha. Puede también, a partir de las defensas aprendidas, olvidar, borrar o construir un relato desprovisto de emoción, envuelto en una aparente indiferencia o disfrazado de risas e ironías.

Indudablemente, la “banalización” o la “estetización” del testimonio también arrojan saldos negativos. El entrevistador desconcertado puede perder el control y mal interpretar las resistencias de la víctima para luego convertirse en un embaucador dispuesto a lo que sea con tal de obtener información. Así las cosas, el compromiso ético político que impone la práctica respetuosa de la historia oral desaparece del protocolo de investigación y el cientista social se transforma en un *voyerista* de espectáculos sensacionalistas, entregado a los abusos de la memoria.

Otro lado del problema se halla en historiar la “memoria ausente” que representa el trauma, sobre todo porque para la víctima se trata de hablar de un hecho que excede la capacidad cognitiva humana de percibir y asimilar la totalidad de lo que realmente ocurrió en aquel momento. No obstante, Mark T. Klemper, apoyado

<sup>5</sup> Mark T. Klemper, “Llevar a buen término entrevistas biográficas con supervivientes de un trauma”, *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, segunda época, núm. 23, 2000, p. 144.

en las investigaciones de las psiquiatras Dori Laub y Shoshana Felmann –autoridades en traumatología–, afirma que la víctima, con su narración, inicia el proceso de nacimiento y conocimiento del episodio traumático, pues el trauma, antes de ser contado, es una conmoción abrumadora, una ausencia aún no asumida como conocimiento.<sup>6</sup>

Dentro de este marco terapéutico, para la doctora Laub la curación reside precisamente en el acto de la víctima de relatar el trauma. Sólo narrando lo sucedido, la víctima pondrá fin a un episodio que no pudo o no logró completarse, armar una secuencia que no tiene final, que no ha alcanzado una solución, un desenlace y que, por lo mismo, ante sus ojos continúa estando en el presente y es actual en todos sus aspectos. El superviviente, en efecto, no está verdaderamente en contacto ni con el núcleo de su realidad traumática ni con la inevitabilidad de sus nuevas y múltiples representaciones, por lo cual se encuentra atrapado en ambas.<sup>7</sup>

Para salir de esta “prisión” ocasionada por una “condena que no puede conocerse ni relatarse y que tan sólo puede repetirse”, es preciso iniciar un proceso terapéutico, un tratamiento que permita construir una nueva narrativa, reconstruir una historia, reeditarla, resignificarla y, esencialmente, *reexternalizar el episodio*. Esta *reexternalización del episodio* se consigue cuando el sujeto logra articular y *transmitir* la historia, literalmente “transferirla a alguien”, depositarla en otro exterior a sí mismo y luego asumirla, interiorizándola. El hecho de relatarla supone la reafirmación del control de la realidad, así como

una reexternalización del mal que afectó y contaminó a la víctima del trauma.<sup>8</sup> Gracias a esta estrategia de sobrevivencia, la gente se entera de una tragedia privada de responsabilidad pública y la víctima imprime otro sentido a su experiencia individual e íntima.

Ahora bien, los historiadores orales no somos psicoterapeutas ni contamos con la preparación para enfrentar situaciones extremas de este tipo; sin embargo, ocasionalmente, en nuestro trabajo nos topamos con relatos tan tenebrosos como los que se ventilan a diario en los consultorios o despachos del terapeuta, del abogado o del político. Por lo tanto, ¿qué hacer en situaciones tan adversas, cuando el ambiente de la entrevista se complica y se desencadenan reacciones emocionales inesperadas por parte del entrevistado y del entrevistador? La empatía, es decir, la capacidad para ponerse uno mismo en el marco psicológico de referencia del otro y por ello entender su pensamiento, su sentimiento y su comportamiento, se hace esencial para enfrentar este reto.

Ciertamente, el historiador oral no es terapeuta, y sin embargo, su posición de escucha lo acredita como un puente entre la experiencia terapéutica y la necesidad de expresión que necesita la víctima del trauma para apoderarse de su propio rela-

<sup>8</sup> *Ibid.*, Sobre el efecto terapéutico de los cambios en los relatos véase también Haim Omer y Nahi Alon, *Constructing therapeutic narratives*, Jason Asonson Inc., Northvale, New Jersey/Londres, 1997; Roy Schaffer, *A new language for psychoanalysis*, Yale University Press, New Haven, 1976; Roy Schaffer, *The analytic attitude*, Basic Books, Nueva York, 1983; Roy Schaffer, *Retelling a life. Narration and dialogue in psychoanalysis*, Basic Books a Division of Harper Collins Publishers, Estados Unidos de América, 1992.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 138.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 139.

to y decir en sus propias palabras aquello que vivió y que el poder institucionalizado le niega expresar. La realidad es que la sociedad no tolera las revelaciones que puedan atentar contra lo establecido, cuestionen su legitimidad y pongan en evidencia sus crueldades.

Por otra parte, conviene recordar que en el consultorio, a solicitud del paciente, la narración es controlada por el terapeuta, que interpreta el discurso desde la perspectiva médica. En cambio, en el contexto de la historia oral y respondiendo a una demanda del propio investigador, el testimonio surge como una de tantas posibilidades que tienen las propias víctimas para trasladar el trauma de la esfera individual al ámbito colectivo. Es aquello que algunas historiadoras orales feministas han definido como la práctica de la autoconsciencia.

Por medio de la entrevista de historia oral, se puede decir entonces que el fenómeno del trauma comienza a perder la categoría de angustia privada para devenir una aflicción social. La frontera psicoanalítica se desborda y pierde parte de su impronta. El entrevistador se convierte en testigo del trauma al escuchar esos miedos y la situación de entrevista se vive como una disyuntiva insoportable. Sin embargo, ante la apremiante situación, el investigador no tiene más salida que acatar su deber de confrontar el pasado e intervenir, de alguna manera, en la modificación de la respuesta social ante la admisión del trauma dentro de la historia.<sup>9</sup>

En consecuencia, por difícil y penoso que resulte historiar el trauma, estoy convencida de que el esfuerzo vale la pena por el honor y el respeto que merece la

condición humana. Los discursos en pro de los derechos de hombres y mujeres son todavía débiles e insuficientes para hacer prevalecer la ley. Prueba de este argumento son las escalofriantes experiencias vividas por las mujeres en Afganistán; tragedia que, entre otras muchas, multiplican a diario la lista de los pendientes acumulados en las agendas laborales de los historiadores orales del siglo XXI.

Desde esta perspectiva, quisiera concluir mi reflexión diciendo que *Tras la memoria*, además de representar un importante esfuerzo historiográfico por explorar y dar a conocer un pasado doloroso en aras de comprender mejor la experiencia humana, implica el pacto de entrevistados y entrevistadores de despertar conciencias a fin de hacer prevalecer los derechos humanos y, por lo tanto, que procesos tan terribles no vuelvan jamás a repetirse.

Graciela de Garay  
INSTITUTO MORA

Agustín de Iturbide, *Manifiesto al mundo. O sean apuntes para la historia*, prólogo y notas Laura Suárez de la Torre, Fideicomiso Teixidor/Libros del Umbral, México, 2001, 133 pp. (Colección el Tule, 3).

#### PRELIMINAR

Uno de los personajes más polémicos en la historia mexicana es, sin lugar a dudas, Agustín de Iturbide. Su actuación política es cuestionada desde muchos ángulos. Hay sobre él tres facetas bien conocidas: la militar, la política y su condición de criollo. Sobre estos aspectos se han vertido ríos de tinta. Políticos, historiadores, so-

<sup>9</sup> Wendy Rickard, *op. cit.*, p. 128.